

Joan Garí

Sin dios y sin diablo

Columnas para el diario *Público*

(2008-2012)



institució
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació
VALÈNCIA 2018

© Joan Garí Clofent, 2018

© De la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim-CVEI

Diputació de València, 2018

Diseño de la cubierta: Estudio Juan Nava

Diseño de la colección: Vicent Ferri

Ilustración de la cubierta: Portada del diario *Público*

ISBN: 978-84-7822-757-0

Depósito legal: V. 1136-2018

Impresión:

Gráficas Marí Montañana, s.l.

www.marimontanyana.es

Prólogo

El diablo no sabe y Dios no contesta

Los periódicos se parecen a una acería, a un carguero panameño, a esa oficina sin límites que aparece en *El apartamento* de Billy Wilder. Hace treinta años aún se parecían más, aunque ahora hayan tomado, preferentemente, los contornos de una oficina bancaria (en fase de reestructuración). Quiero decir que el periodista –tanto si es un modesto juntaletras como si se trata de un príncipe de las letras– pertenece a algo mucho mayor que él, acepta de forma tácita o declarada involucrarse en las polémicas y enredos de un tiempo muy concreto y forma en las escuadras de la empresa con una aceptable disciplina.

Joan Garí también es uno de esos periodistas, aunque sus oficios primordiales sean el de profesor y escritor. Hay escritores valencianos que forman parte del mundo intelectual madrileño o barcelonés en papeles muy diversos, incluido el papel prensa. Manuel Vicent es, probablemente, el más conocido y, además vino al mundo muy cerca de la Borriana natal de Joan Garí. Pero son autores del mundo, un tanto bipolar y bastante ensimismado, que, mal que bien, conducen el negocio cultural de este país y no sólo el cultural: Madrid/Barcelona

Garí, en cambio, fue el afortunado mortal que en los años más duros de la tormenta de recesión y pavor financiero, de cierre de empresas y desempleo acelerado (2007-2012), pudo colaborar, con frecuencia, hasta casi alcanzar la periodicidad diaria, en el periódico *Público* de Madrid sin abandonar –por necesidad o elección– su espacio periférico.

Cierto que, desde mucho antes, Joan Fuster colaboraba en *El País* y en aquella memorable revista de humor que se llamó *Por favor*, pero

Fuster, es Fuster. Entre otras cosas, uno de los referentes estilísticos, me parece, de Joan Garí, junto al señor de Montaigne y el gran Josep Pla, abuelo y héroe epónimo de varios linajes de escritores todos ellos igualmente planianos.

Si he de referir mi propia experiencia, me bastó la lectura de *Un cristall habitat* y *Les hores fecundes*, para descubrir en Garí a uno de nuestros autores con un fraseo más limpio y bien tallado. Con el respaldo de una erudición aligerada, como obliga la cortesía, y una amplia panoplia de experiencia mundana y viajera.

Sólo con las cualidades apuntadas se puede acometer la tarea que Garí llevó a cabo, con no poca brillantez, en el diario *Público* a través de columnas que, a menudo, sólo tenían 24 líneas, a veces un poco más.

Como sabe cualquiera que tenga alguna experiencia en el género, encajar una argumentación en un espacio tan breve requiere mucho más pulso que tratarla por extenso. O como dijo aquel: «como me corría bastante prisa, no lo he podido contar con menos palabras».

El período en el que se fueron desgranando estos artículos fue tan feroz como estimulante. Las calles hirvieron como una cazuela en el horno, que decía el poeta. La tentación autoritaria asomó algo más que las orejas. Los patanes que saquearon las finanzas públicas y privadas del país, sólo ocasionalmente recibieron alguna reprimenda y, además, al ritmo lodoso de los considerandos judiciales y, al final, aparecieron las criaturas de un tiempo viejo que no acaba de morir y de otro nuevo que tampoco acaba de nacer: los embriones, las plataformas, las redes de políticas y políticos que hoy dan juego abundante y en cierto modo inédito. Ya se verá si para bien.

El artículo que cierra esta serie tiene cierto tono de reproche justificado. Sí, *Público* tenía que cerrar pese a unas cifras de circulación nada desdeñables al «no encontrar acomodo en una sociedad como ésta donde los progresistas son mayoría». Sí, no se podía echar la culpa de todo a la crisis que, ciertamente, tuvo muchos padres, pero que conoció para su numerosa prole un periodo previo de prosperidad dilatada por el que surcaban muy pocas y amables preguntas.

Si los planes de nuestra colección Papers de prensa llegan a buen puerto –que se suele decir– no será la única vez que volvamos sobre este convulso y fascinante período en el que todo pareció posible y se vislumbró una tierra de firme esperanza.

Pero es tarea del escritor, también del escritor de periódicos, abrir la imaginación propia y ajena al mundo ilimitado de las ideas y las historias, de las tentaciones y los anhelos. El señor Garí no rehúye la confrontación política, no sería digno, sobre todo cuando ciertos figurones, así en Madrid como en Washington, confunden pulso firme y enérgico con delirios catetos y ofuscación cejijunta.

Un columnista inglés dijo que también es tarea del género recordarnos que las estrellas volverán a titilar la próxima noche y que un paseo en barca puede ser la antesala del paraíso. O que el atardecer se pintará con rotundos, graves y orquestales tonos.

Por eso, de principio a fin de *Sin dios y sin diablo*, el libro que presentamos, encontraremos referencias a cierto confesionario laico abierto en el muro de Berlín o a las andanzas de un negrito peleón que fue amansado por la música del divino Mozart. Sin ceremonias, se nos invita a conocer el cuarto de aseo de la emperatriz Sissí cuya alma sonrosada fue pionera en la democratización de la porcelana sanitaria. Encontrarán una evocación de la ciudad más hermosa de Europa que, estoy de acuerdo, es Praga o una glosa sobre el último libro que escribió Sándor Márai. Y se confrontará a Leonard Cohen con Bob Dylan para descubrirnos dos maneras de tocar la música y de bailarla, que es tanto como dos formas de vivir. Entre otras muchas novedades, lecturas y apuntes del natural.

Que lo disfruten.

Emili Piera

Introducción

Público fue un periódico en papel que salió regularmente a la calle para toda España entre el año 2007 y el 2012. Constituyó una plataforma hecha posible, desde Barcelona, por sus tres principales accionistas: Jaume Roures, Tatxo Benet y Toni Cases. El plan era inmejorable: ocupar el espacio progresista que quedaba huérfano en los márgenes de la hegemonía –entonces, absoluta– del rotativo *El País* (en cuyo regazo me crié yo mismo como columnista). La aventura fue magnífica, pero partió de un hándicap inicial ciertamente insospechado. A los pocos meses de comenzar su andadura, los chicos de Lehman Brothers le enseñaron al mundo la cara más feamente dramática del capitalismo desregulado. La crisis económica comenzó a rodar y *Público* –ese pobre barquichuelo soltado en plena vorágine mundial– fue achantándose al embate de sus horribles tornados.

La cosa acabó como tenía que acabar: mal. La cabecera duró un poco más de cinco años. Los que vivimos su odisea –como es mi caso– prácticamente desde el principio pudimos observar, no sin zozobra, como la turbulencia monetaria mordía sin piedad a un medio que, en sus mejores momentos, llegó a poner en los quioscos cien mil ejemplares. Hasta que un día se acabó y pasó a sobrevivir, como dicen que ocurre con las almas tras separarse de su cuerpo mortal, sólo en el paraíso de la vida digital. Y así hasta hoy.

Personalmente, mi paso por *Público* constituyó una auténtica escuela de periodismo. Llegué allí a principios de 2008, de la mano de David Miró. Miró, que hoy en día es subdirector de *Ara* (donde ambos recalamos en su momento fundacional, en 2010), se ocupaba entonces

de regir la delegación en Cataluña de un periódico con vocación estatal, pero con firmes raíces catalanas. Esta apelación a los orígenes no es baladí: si algo se notaba en *Público*, para alguien llegado de la periferia (la valenciana, en mi caso), es su decidida apuesta por una visión plural de España. Una esperanzadora novedad, en una circunstancia –la madrileña– poco amiga de los puntos de vista no radiales.

En *Público* pude desarrollar, durante un excitante lustro, todo mi potencial como escritor de periódicos. Para Roures y compañía hice absolutamente de todo: reportajes usualmente de temática valenciana (pero también internacionales), una columna fija con el título de «Traducción inversa», crónicas, perfiles y, ocasionalmente, pequeñas notas para la sección de televisión «Visto-dicho-oído». En este apartado de la contraportada, el más leído del diario, firmé con el seudónimo Àngel Bic, al alimón con Bob Pop. Del mismo modo, me divertí redactando ocasionalmente efemérides bajo el epígrafe «Tal día como hoy», también en compañía de su otro anónimo titular, el escritor Isaac Rosa. En total, sin contar esos textos breves, unas 400 piezas que hicieron de mí un consumado opinador en un idioma, el castellano, que no es mi lengua materna pero cuya gramática es la primera que aprendí en esta vida, por aquellas cosas del feroz monolingüismo de don Francisco.

Yo entré en *Público* cuando Ignacio Escolar era su director y Jesús Maraña el subdirector. Hoy Escolar y Maraña son las puntas de lanza del periodismo independiente de cariz progresista en el universo digital, pero habrá que recordar que todo eso también nació con *Público*. Siempre agradeceré la confianza que estos dos excelentes profesionales depositaron en mí, aunque en realidad el hombre que me abrió las puertas del rotativo de par en par fue Marco Schwartz. Schwartz se incorporó como jefe de Opinión a nuestro periódico en el verano de 2008, en sustitución de Rafael Reig. El actual director de *El Heraldo* de Barranquilla, judío de origen colombiano, me llamó un día cuando yo ya era colaborador habitual de *Público*. Me explicó, someramente, que le gustaban mucho mis columnas y aseguró que deseaba aumentar su regularidad. La oportunidad llegó en abril de 2009, de

manera insospechada. En esa fecha falleció Javier Ortiz, que escribía una columna diaria. Como suele ocurrir en estos casos, Schwartz aprovechó el hueco para pedirme ipso facto que yo ocupara su lugar. A rey muerto, rey puesto, como suele decirse. Y así fue. A partir de ese momento, pude cumplir el sueño de todo escritor de periódicos que se precie: publicar un artículo diario, en este caso de lunes a jueves. La experiencia duró casi un año y puedo asegurar que no me resultó para nada agotadora. En realidad, cuesta más hacer un artículo a la semana que uno al día. En el primer caso, debes seleccionar sólo una de las ideas que se van agolpando en tu mente en el trajín cotidiano. En el segundo, todo fluye, paradójicamente, con una naturalidad pasmosa, relajante y fecunda. Fue, sin duda, la época más feliz de mis largos años de experiencia periodística.

Luego todo se fue degradando un tanto, al principio imperceptiblemente, luego ya de manera dramáticamente explícita. El periódico se fue a pique justo cuando alcanzaba el máximo de su difusión y su influencia. Pero las finanzas no dejaban resquicio para la esperanza. Un día de invierno del año 2012 llegó la tan temida orden de parar máquinas. Yo tenía, para la ocasión, un último artículo escrito, que no llegó a salir en papel, y quedó enquistado en el blog del diario como una suerte de epitafio. Es el que se publica en el último lugar de esta antología.

Aquí he reunido, para la ocasión, una selección de los centenares de piezas que vieron la luz aquellos años en mi sección de «Traducción inversa». La columna corta tiene sus propias leyes: como no dispones de mucho espacio, las posibilidades para la sutilidad y los matices son escasas, y aún así hay que luchar por ellas. Tienes que decir lo tuyo con contundencia y de la manera más clara posible. Como me considero más escritor que periodista, sin embargo, intenté en lo posible pergeñar textos más allá de la obiedad más zafia. Luego los lectores entendían lo que querían (faltaría más). Algunos se extendían en comentarios –en la versión digital del periódico– más o menos oportunos, entre la sincera aportación positiva y el delirium tremens habitual en internet. Sin dejarme impresionar por estas reacciones tan

variopintas, procuraba ser lo menos dogmático posible, pero no dejaba de dar mi opinión, que al fin y al cabo era de lo que se trataba. Una columna corta se define inexorablemente por la primera frase y por la última. Hay que pegar fuerte al inicio, para atrapar la atención del lector y definir rápidamente el terreno de juego. Luego se desarrolla el asunto y no hay que olvidar cerrar la pieza con firmeza, para dejar al respetable un buen sabor de boca. Una columna corta es como un poema, quizá un soneto: nada debe quedar al azar y depende de la habilidad del autor conseguir un todo armonioso que deje huella en la mente de quien tiene la amabilidad de prestarle atención en el océano de firmas de cada día.

Observo ahora ese material, aquí rescatado del naufragio, con una emoción ambivalente. Son artículos de combate (eso lo notará el lector enseguida), punzantes, urgentes, comprometidos, insolentes y a menudo apasionados. Años después, he aprendido a ser indulgente con ese columnario profano –sin dios, pero también sin diablo– y con un yo más joven y audaz, y su punto de vista tan insistentemente *enragé*...

Leído ahora, ese bosque de columnas permite dibujar algunos itinerarios a través de los temas candentes de la vida pública en aquellos años: los escándalos de Francisco Camps y la corrupción, la lucha a cara de perro entre Zapatero y su oposición, los avatares de la Iglesia en su etapa más duramente preconiliar, el *Estatut* de Cataluña y su fábrica de independentistas, la problemática visión plural de España... Todo eso constituye la arqueología de nuestro presente, así que supongo que se puede sacar alguna enseñanza de esas hojas de periódico ya irreversiblemente amarillentas. Algunos de los textos que se reúnen aquí han quedado quizá desfasados, otros resultan extrañamente proféticos, pero la mayoría todavía se leen bien (quiero pensar) y puede que añadan una pequeña gota de agua al río del pensamiento progresista surgido de un país tan poco propicio a las auténticas alegrías liberales como el valenciano.

Ahora el lector deberá juzgar. Que no sea excesivamente cruel, le pediría. Al fin y al cabo, yo sólo soy un tipo que ama escribir y adora

los periódicos, en una época en la que los que todavía publicamos nuestros artículos en papel ya vamos teniendo una edad y empezamos a ser conscientes de nuestro extraño privilegio. Se puede no estar de acuerdo con mis opiniones, pero consideraría una pequeña victoria que se reconociera que he intentado argumentarlas con la mayor coherencia posible y con el estilo claro y eficaz que el medio exigía. Feliz lectura.

Joan Garí

El escritor de periódicos

La figura del escritor de periódicos ha protagonizado todo el siglo XX y, ahora mismo, ha venido a convergir con la del escritor de blogs. Prácticamente desde que existe prensa escrita siempre ha habido un tipo que cada tarde subía renqueando la escalera de la redacción, se sentaba en su mesa, se ponía las gafas de leer y sumergía su cabeza entre los codos mientras pensaba cómo convertir la convulsa realidad del día en un relato de cuatrocientas palabras. Este hombre de vista cansada, aficionado al alcohol como único analgésico tras la desolación del cierre, insomne en la noche y adormilado durante el día, ha sido el encargado de escribir la literatura característica de nuestro tiempo.

En realidad, no hay tanta diferencia entre periodismo y literatura. Quizá sólo se trate de que en el primer caso un hombre muerda a un perro, mientras que en el segundo el perro –todos los perros– no se canse nunca de mordisquear al hombre. Esos chuchos que azuzan al tipejo con las puntas de los dedos sucias de tinta son los que le permiten no olvidar que la literatura tiene un compromiso inexorable con la realidad. Están bien las fantasías, pero deberíamos saber ya que no hay nada más imaginativo que un suceso de actualidad contado austera-mente por alguien con un sentido profundo del lenguaje.

Meditaba sobre todo esto mientras leía una recopilación de artículos de prensa del poeta Antonio Cabrera. Se trata de sus colaboraciones semanales en las páginas de la edición valenciana del diario *ABC*, que Ediciones La Palma le publica con el título *El minuto y el año*. No se puede negligir un libro que comienza con esta frase: «Siempre he pensado que octubre es un mes del que nadie quiere defenderse».

Poetas, novelistas, ensayistas: todo el mundo que ha considerado a Montaigne como a alguien de su familia ha acabado modelando su historia en columnas de papel barato, que un lector distraído ha manchado luego de café con leche en la barra apresurada de algún bar.

Hoy en día, mientras el escritor de periódicos continúa excitando nuestra inteligencia contando su verdad desde una ventana intransferible, muchos otros han acampado en la red para hacer esa misma función desde un blog. Su labor sigue siendo igual de efímera: necesitarán recopilarse en un libro para perdurar. Pero con ellos la actualidad no dejará de transformarse en ese misterio tan humano que llamamos literatura.

(Noviembre 2008)

Obama, el búfalo y Mozart

Obama, claro. Yo viví hace casi veinte años en América. Era muy joven, en aquella época. Eran tiempos de auténtica esperanza, con Gorbachov en el Kremlin, el muro de Berlín derribado y Mandela al otro lado de aquellos absurdos barrotes. Tiendo a pensar, desde entonces, que América también vive un poco en mí. Nadie me tiene que explicar, por ejemplo, qué es el racismo. O, mejor dicho, en qué se ha convertido. Mi cometido en América, por cierto: monitor en un campamento estival, en medio de un bosque con lago, en New Hampshire. No muy lejos del Walden de Thoreau, que está en Massachussets. Ese *locus* mítico para las almas libres, donde se puede entonar el único salmo razonable: «Vivir una vida a fondo, bien exprimida; vivir con la energía y la sencillez espartana necesarias para eliminar todo lo que no sea vida».

El campamento se llamaba Interlocken y la clientela era sobre todo blanca, aunque también había negros, y algún hispano. A los negros, por supuesto, los llamaban afroamericanos, pero se comporta-

ban como negros. Recuerdo especialmente a un robusto adolescente bostoniano. Su nombre se me olvidó, pero no su desafiante corpachón de catorce años. Solía merodear entre las cabañas con la expresión anhelante y abstraída de un búfalo herido. Parecía sospechar que todo el mundo esperaba algo de él, aunque él no esperara nada del mundo.

Tumbó a Richard Ehui, el monitor de karate, con un apretón hormonado. Ehui se puso lívido, pero el muchacho no aflojó. Era hijo de uno de los mejores abogados de Boston, aunque llevaba con él el estigma de los esclavos. Supongo que el racismo termina así. No una discriminación —ya no—, sino la manera en que alguien ve su figura distorsionada en el espejo.

Pasaban los días, y el adolescente aumentaba su leyenda. Perseguía a las monitoras más guapas entre los árboles (no tenía mal gusto). Desafiaba cualquier cosa que oliera a autoridad. Hasta que, por fin, se dio de bruces conmigo. Lo asignaron a mi clase de *Music Appreciation*. Era mi único alumno, así que probé con Mozart. Al fin y al cabo, si las vacas regadas con la Sinfonía Júpiter daban más leche, ¿qué milagros no obraría Amadeus sobre un afroamericano irredento? Él se relajó, se repantigó y agradeció el regalo. Por un momento, había dejado de ser negro. No tenía que demostrar nada, ni sentirse diferente: no debía humillar ni humillarse. Obama, sin duda, ya estaba en el aire.

(Noviembre 2008)

Lo de Fabra

Conforme pasa el tiempo, todo lo relacionado con Carlos Fabra va tomando una dimensión sorprendente, incluso grotesca. El caso

que se ocupa del poderoso presidente de la Diputación de Castellón lleva ya cinco años en marcha, y no hay indicios de que se resuelva en breve. El buen hombre está acusado de cohecho, prevaricación y tráfico de influencias –entre otras lindezas. Poco a poco, y mientras en el juzgado de Nules jueces y fiscales se pasan unos a otros la patata caliente, la prensa va ofreciendo datos reveladores del sumario. Por lo que sabemos, Fabra debería justificar la procedencia de algunos millones de euros que lloviznaron sobre el centenar de cuentas en que figura como titular o autorizado. Por otro lado, nadie ignora que todo esto empezó cuando un socio despechado le acusó de recibir dinero a cambio de agilizar licencias de unos productos fitosanitarios. Recibir dinero, a lo que parece, es algo que a Carlos Fabra se le da muy bien. En esta vida, ya se sabe, cada uno nace con una habilidad. La habilidad de Fabra es engordar cuentas bancarias. Bien.

Si yo fuera él, por cierto, desearía con toda mi alma que el juicio empezara ya. Cada día que se dilata, cada semana y cada mes que se aplaza su celebración, la malévola prensa de izquierdas va trazando un retrato del gerifalte provincial no demasiado favorecedor. La pregunta debería ser, en todo caso, si todo eso no tiene ningún efecto en el electorado. Al fin y al cabo, el PP gana en Castellón por mayorías muy absolutas. Sospecho, en ese sentido, que la clientela de derechas no se deja impresionar fácilmente con las acusaciones de caciquismo. Sé lo que digo. Yo vivo en el reino de don Carlos y oigo los comentarios de la gente. Sólo la izquierda –esos quiijotes– se impresiona aún con estos temas. Luego están –o deberían estar– los «indecisos». Pues que vayan decidiéndose ya.

Tengo para mí que toda esta historia sería la mitad de macabra si no tuviera por protagonista a un presidente de diputación. ¿Hay algo más absurdo –administrativa y políticamente– que una diputación provincial? Son entes mastodónticos, intermediarios, inverosímiles. Son instituciones del siglo XIX pugnando por resultar atractivas en pleno siglo XXI. Fabra es un reyezuelo que se cree

Dios Padre en Castellón porque reparte monedas a manos llenas entre la multitud. Su público le aplaude y él sonríe. ¿Qué juez va a querer romper ese hechizo?

(Noviembre 2008)

Dios y sus enemigos

Si yo fuera un perverso apóstata, un jodido sin Dios, un ateo disoluto, creo que Rouco Varela sería mi héroe. Este hombre de rostro enjuto y mirada severa, que preside la Conferencia Episcopal, simboliza perfectamente el motivo por el cual el paisaje moral de este país luce cada vez menos los colores del catolicismo. Cada vez que Rouco y todos los Roucos de España arquean las cejas, levantan el dedo índice de su mano derecha y proyectan al aire sus implacables admoniciones, mil ciudadanos dejan de ser cristianos.

El otro día, sin ir más lejos, dijo sin inmutarse que «hay que liberar a los jóvenes de los lastres del pasado, no cargándolos con viejas rencillas y rencores». Se refería a la Guerra Civil, por supuesto. Su receta para cocinar la memoria histórica se resume de esta manera: «A veces es necesario saber olvidar».

Este propósito sería noble y evangélico si el sujeto que lo proclama no fuera uno de los promotores de la beatificación inminente de otros quinientos «mártires de la fe». Reivindicar a aquellos católicos asesinados por la violencia de los incontrolados en el bando republicano y negarse a hacer lo propio con las víctimas del otro lado no parece una manera demasiado justa de «saber olvidar», ni de liberar a las nuevas generaciones de las «viejas rencillas» de sus antepasados.

En cualquier sistema moral de validez universal a eso se le llamaría hipocresía –o algo peor–, pero en el código particular del integrismo ibérico no deja de ser una manifestación menor de la santa desvergüenza. ¿Se extrañará alguien, entonces, de que cada vez los españoles sean más tibios en materia religiosa?

Hay algo que falla en esa fabulosa multinacional que es la Iglesia Católica. Sus responsables de marketing, singularmente, no dan pie con bola. Todo su negocio consiste en intentar evitar por todos los medios que el creyente de a pie entre en contacto directo e íntimo con Dios. Dios no puede estar en esas soberbias procesiones, ni en las multitudes sonrosadas que siguen al papa por medio mundo, ni mucho menos en los oropeles fastuosos de las ceremonias sacerdotales al uso. En caso de existir, Dios debe esconderse cada vez que Rouco y los suyos lo convocan a golpe de amonestaciones y reprimendas.

No debe la iglesia esforzarse en buscar a sus enemigos entre rojos y otras gentes de mal vivir. Nada como un obispo español para promover eficazmente el agnosticismo.

(Noviembre 2008)

En el país de Montaigne

—Êtes-vous Madame Mähler Besse?

La pregunta sorprende a la anciana moderadamente. «*Oui*», contesta, como una novia inapetente, o como cuando el presidente Mitterrand confesó, en una célebre entrevista televisiva, que pensaba presentarse a la reelección definitiva. En efecto, se trata de la señora Mähler Besse, la octogenaria propietaria del castillo de

Montaigne, la viticultora que da nombre a muchos de los viñedos del país.

Hemos venido hasta el Périgord, en la vertiente atlántica de Francia, expresamente para conocer la legendaria morada de Michel de Montaigne. Encerrado en su torre, escribió sus famosos *Essays* y cambió el curso de la literatura universal. Se le suele citar entre los grandes –al lado de Shakespeare, de Cervantes, de Goethe–, pero sus páginas son hoy el refugio de selectas minorías ilustradas.

Sant Michel de Montaigne es una bucólica aldea de unos trescientos habitantes. Parece el lugar exacto donde escenificar aquel viejo dicho alemán: «Feliz como Dios en Francia». En el burgo sólo hay un restaurante –el *Auberge de la Tour*– y la oferta de habitaciones se limita a una vieja posada, el Relais de la Renaissance. Es un conjunto de remozados apartamentos rurales regentado por dos alemanes, Inge von der Ley y Anton Kellner. Hacen una curiosa pareja. Inge es rubia, amable y de una perspicacia muy reposada. Anton –Tony, como prefiere que le llamemos– es un bávaro grandote, risueño y muy hábil como jardinero. Es difícil encontrar caseros más hospitalarios. Están sin duda a la altura de la difícil responsabilidad de monopolizar el alojamiento en las tierras del gran escritor.

Para cenar, por supuesto, el *Auberge de la Tour*. Quién nos diría, sin embargo, que coincidiríamos allí con la señora Mähler Besse, propietaria de la antigua heredad de los Montaigne. Suyo es el imponente castillo –propiedad privada– que alberga la Torre del ensayista. Vive allí sola y desde allí administra las visitas a la Torre, que es de acceso público. En la recepción se pueden adquirir algunas botellas de vino del país, de las denominaciones Côtes de Montravel y Bergerac Sec. Todo el Périgord es un gran viñado y Madame Mähler Besse una de las grandes terratenientes del lugar.

En el *Auberge*, disfrutando de la «*cuisine du terroir*» y del «*ambiance campagnarde*», meditamos sobre la extraña suerte de esta pálida dama. La imaginamos en las solitarias veladas de invierno del castillo, releuyendo los *Essays* y sorbiendo delicadamente un poco del jugo de sus

inmensas posesiones. Parece una existencia más literaria que real, y así la aceptamos.

En el país de Montaigne Dios bebe vino tinto y en sus viñedos los lugareños plantan rosales para embellecer las cabeceras de la plantación. Este es un viaje para almas un poco selectas, amantes de la literatura, los castillos y las denominaciones de origen. Uno de esos viajes que no se olvidan nunca.

(Diciembre 2008)

Apuntes sobre el viaje

Aunque la distinción entre turista y viajero está muy trillada, me parece que continúa siendo tremendamente útil. A estas alturas de la vida, todo el mundo debería saber que el viaje es un asunto inequívocamente interior. Se trata de un pequeño cataclismo somático que tiene que ver desde luego con la experiencia, pero sobre todo con nuestra capacidad para convertirla en algo propio e intransferible. De todo esto se sigue que uno puede vivir una «aventura» muy excitante durante tres meses de locura en una selva africana y sin embargo no haber dejado en ningún momento de hacer turismo. Por el contrario, el trayecto entre el Madrid actual y el llamado Valle de los Caídos, a menos de una hora del centro, puede implicar un desplazamiento sobrecogedor, con una formidable capacidad de transformación anímica del viajero.

El tema de hoy me viene al pelo después de leer *Castilla y otras islas*, un vademécum de Jesús del Campo editado con el meticuloso primor acostumbrado por la editorial Minúscula. Simpaticé enseguida con este libro, porque su autor se esfuerza por viajar y no por hacer

turismo. Hoy en día cualquier mequetrefe consigue un pasaje en un ballenero ruso para ir a la Antártida y contarlo en internet, o escala un trocito del Everest inmortalizando ipso facto la hazaña con una automática digital. El verdadero viaje, sin embargo, hay que hacerlo a lo más oculto de nosotros mismos, y por eso nada más oportuno que recorrer los países cercanos, las ciudades limítrofes, los barrios adyacentes. Por no hablar, por supuesto, de continuar la línea del metro hasta la última parada.

Jesús del Campo ha atravesado Castilla –ese extenso y solitario país que suele confundirse con España– para leer en sus aldeas los estratos de la Historia e injertar en ella el pósito de la literatura y el cine. En su libro encontramos «los secretos de la belleza castellana, que es subterránea». Son páginas en donde Jorge Manrique comparte protagonismo con Bruce Springsteen y Diego Velázquez con Butch Cassidy y Sundance Kid.

Al final, el viaje nos enseña que las nociones «cerca» y «lejos» son harto arbitrarias y que, como diría el poeta, todos los mundos posibles están simultáneamente en el que nosotros habitamos. Hay que adentrarse con machete hasta los pliegues más recónditos de nuestro espíritu. Quizá con eso no seamos más sabios, pero aprenderemos a juzgarnos con mayor indulgencia.

(Diciembre 2008)

El último libro

¿Quieren ustedes hacer un regalo inolvidable para estas fiestas? Se lo propongo: regálense un libro. Pero no sirve cualquiera. Me refiero a

uno muy concreto, y disculpen ustedes que un escritor venga aquí a recomendar literatura: ya se sabe que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen. El libro del que quiero hablar es un dietario y también sé que la mayoría de los lectores no acostumbra a leer dietarios. La mayor parte de los lectores prefiere las novelas, porque la ficción entretiene, endulza y le quita asperezas a la vida. El dietario, en cambio, con su carga insoslayable de realidad pura, exige un receptor abierto a la carne palpitante de aquello que en la propia vida hay de amargo y profundo, y también de misterioso.

El libro en cuestión se llama *Diarios 1984-1989*, y es el último que escribió Sándor Márai. Precisamente la recuperación de Márai en estos años ha sido un reconfortante fenómeno cultural. Sus volúmenes se han reimprimido y han vuelto a triunfar como hace medio siglo. Los encargados de este pequeño milagro entre nosotros han sido la editorial Salamandra en castellano y Empúries en catalán. Novelas imprescindibles como *La mujer justa* o textos autobiográficos de primer orden (*Confesiones de un burgués, ¡Tierra, tierra!*) han vuelto a la circulación y con ellos ha regresado un escritor de una cultura pequeña –la húngara– que supo condensar los mejores valores de la Europa de entreguerras.

El último libro de Márai recoge sus anotaciones en los años previos a la muerte. De nada vale entonces todo lo aprendido, y sin embargo es esto lo que permite al gran escritor un punto de ambigua serenidad final: «Quietud si pienso en la muerte. Inquietud si pienso en el morir». Al final de su vida, prácticamente ciego y teniendo que asistir a la larga y dolorosa agonía de su esposa Lola, Márai no pierde ni un ápice de su enorme curiosidad intelectual. Él, víctima del comunismo, ha caído en las garras de lo peor del capitalismo: el deshumanizado sistema sanitario (privado) norteamericano. Ninguna esperanza, pues, sobre todo si tampoco se cree en los «cuentos de hadas» de la religión.

Pero la sensación de final no se refiere sólo a su propia vida. Es el tiempo de los grandes escritores el que se acaba, el tiempo de la lite-